

talla, otros en los Consejos de Estado, algunos por su virtud.

Zbishko admiraba el rostro atrevido y varonil de Jasko de Teucin, el juez superior de Cracovia, que sabía aunar la majestad de la justicia con la benevolencia de noble índole. Le rodeaban los otros jueces con el pelo cortado sobre la frente y con largos tirabuzones á los lados recogidos por redecillas de seda.

Los huéspedes extranjeros aparecieron ricamente vestidos, destacándose los embajadores del Rey de Roma, de los teheques y de los húngaros. Los príncipes lituanos que estaban al lado del rey, aun cuando era en verano, llevaban riquísimas pellizas, y los de Rusia con trajes largos y pesados que cubrían su talla gigantesca, resaltaban entre todos parecidos á minaretes bizantinos.

Zbishko esperaba impaciente la llegada del rey y de la reina. Aparecieron al cabo en la puerta del templo, y antes de que llegasen al altar pudo mirarles á su sabor el joven. Jagellon tenía el pelo negro, algo claro en lo alto de la cabeza, y rizado á los lados. El color del rostro era bronceado, la nariz aguileña, los ojos pequeños, brillantes y vivos, y su rostro lampiño. El aspecto del príncipe era el de un hombre bueno é inteligente como el de un monarca á quien la fortuna ha sonreído y que sabe conservar la benevolencia y la nobleza de alma hasta en la altura.

Sin embargo, lo que dominaba en el aspecto del príncipe era un vigor sin límites, que recordaba la famosa respuesta que dió una vez á los templarios que venían de embajadores pidiéndole la paz: «Vosotros venís con un papel, y yo escribiré con una lanza.»

En el templo todos admiraban al rey, no solamente los príncipes lituanos bautizados, sino también los príncipes polacos nacidos en la religión católica, porque al arrodillarse, veían que apartaba el almohadón, y caía sobre el duro suelo, postrándose de hinojos y levantando piadosa-

mente las manos al cielo, permanecía así hasta que el cansancio le vencía. Oía cada día tres misas y al salir del templo, parecía más tranquilo y contento. Bien lo sabían los señores de la corte que aprovechaban aquellos instantes para pedirle mercedes.

Cuando entró Edvigia, los caballeros se arrodillaron como adorando á una santa. Zbishko les imitó, persuadido de que veía una mujer piadosa escogida por el Señor para adornar su templo.

Se contaban de la reina muchos milagros. Decíase que cuando tocaba á los enfermos, sanaban, que los tullidos echaban á andar ó movían los brazos si podían ponerse algún vestido de ella; mucha gente aseguraba haber oído la propia voz de Cristo hablando con la reina. Los soberanos extranjeros se inclinaron; hasta la soberbia Orden del Temple respetaba á la reina, á quien Bonifacio IX llamaba la hija predilecta de la Iglesia.

Ella, hija del potente Ludovico, fué educada en una de las cortes más espléndidas, y á pesar de que amaba á otro hombre y que todo el mundo se hacía lenguas de su belleza, consintió en casarse con el altivo príncipe de Lituania, para que éste abrazase la religión del Crucificado y convirtiera al último pueblo pagano.

Así fué que lo que no habían podido obtener la fuerza de los alemanes, la fuerza de la Iglesia, lo consiguió su palabra. Nunca corona de santa adornó un rostro más joven y más bello. Nunca sonrisa de mujer reveló bondad tan angelical y tan profunda tristeza. Cantaban su gracia los trovadores de las cortes de Europa, y para verla llegaban caballeros desde los países más remotos. El pueblo la adoraba y era lástima que la elegida del Señor no tuviera hijos. Pero ahora, hasta esta deficiencia desapareció y la grata nueva se esparcía por el mundo llenando de gozo el corazón de los pueblos.

Hasta los reyes extranjeros se alegraron, y en Roma se cantó un *Te Deum*.

De todas partes del mundo llegaban gentes para ver á la santa, que rogaba por la salud de todos, que pedía á Dios la lluvia y el sol, cosechas abundantes, peces en los lagos, pájaros en el bosque. Hasta los feroces guerreros que vivían en sus castillos como aves de rapiña y de presa, al oír su nombre envainaban sus armas, y daban libertad á los prisioneros extendiendo la mano en señal de paz.

El fausto día se esperaba con ansia, y mirando á la reina cada cual predecía el tiempo que faltaba aún para que el trono tuviese un heredero. El obispo de Cracovia, que era el más afamado médico del reino, aseguró que el parto no estaba próximo, á pesar de que ya habían empezado los festejos y diversiones como prescribían las costumbres.

La reina, á pesar del abultamiento de su vientre, conservaba un aspecto esbelto que hacía resaltar más su traje sencillo y modesto.

Edvigia en su juventud, cuando estaba en la corte de su padre, gustaba llevar ricas preseas, espléndidos trajes, valiosas cadenas y collares, brazaletes y sortijas, pero con los años pasaron aquellas vanidades juveniles, y ahora vestía casi como una monja y aun le parecía vanidad excesiva.

Jagellón, en cuanto supo la preñez de su mujer ordenó que se adornase la cámara nupcial con colgaduras de tisú de oro y piedras preciosas, pero la reina se opuso porque dijo que había renunciado al fausto, y porque pensando que el momento de la suprema alegría llega á veces acompañado de la muerte, prefería recibir la gracia de Dios en una habitación modesta y solitaria.

La reina, cuando estuvo cierta de su embarazo, abandonó la costumbre de cubrirse el rostro como las monjas porque le pareció que aquello era contrario á la dignidad del estado, vistiendo menos humildemente.

Al lado del rey, punto de mira de todos los ojos, ade-

lantó lentamente hacia el altar con los ojos elevados al cielo, teniendo en una mano el libro de rezo y en la otra las cuentas del rosario. Estaba pálida y en sus ojos azules se reflejaba la paz angélica del alma que era elemento y pía.

Zbishko la miraba como transportado. Su corazón estaba en orgasmo. El caballero sabía ya que era deber suyo amar al rey y á la reina, pero hasta entonces su amor casi sólo se traducía en respeto y ahora al verlos sintió un verdadero entusiasmo amoroso y un deseo vivísimo de demostrar de algún modo su amor de súbdito. Hubiese querido volar á los extremos confines de la tierra, matar guerreros infieles, sufrir y vencer por ella, y pensaba: «Quizá debo seguir á Vitoldo... ¿Cómo, si no, agradar á aquella santa?»

Zbishko no pensaba que se puede apoyar el trono sin manejar el hacha y la lanza... Se hubiera atrevido, aun estando solo, con todos los guerreros de Timur. Sentía un vehemente deseo de montar á caballo al terminar la misa para emprender alguna aventura. ¿Cuál? no lo sabía siquiera, no sólo no se acordaba del riesgo que pendía sobre su cabeza, sino que durante unos momentos olvidó también á Danusia, y cuando el canto de los monaguillos se la hizo recordar, comprendió que una gran modificación se había verificado en su espíritu. Juró á Danusia fidelidad y la muerte de tres alemanes, pero la reina era desde ahora la señora de su corazón, y se prometió matar á muchos más para su gloria.

Una cantidad infinita de cascos de cosacos, de plumas, de espadas, se agitaban en la mente del joven caballero que no cesaba de mirar á Edvigia.

Hubiera querido honrarla con alguna oración, pero no sabía siquiera todo el padre nuestro. Un franciscano de Vilna se lo había enseñado muchas veces, pero con poco fruto.

— *Pater noster qui est in caeli, sanctificatur nomen suum,* —

murmuró el joven que en su interior quería decir: «Envía á nuestra amada soberana la vida, la salud y la felicidad, y sé más clemente para con ella que para con las otras.»

Y como el que hacía aquel ruego era un joven que muy pronto debía ser juzgado y condenado, su voz fué escuchada por el Señor.

Cuando acabó la misa, Zbishko se alegró creyendo llegado el momento de echarse á los pies de la reina; pero á la primera misa siguió otra y luego otra, después de lo cual, la reina se retiró á sus habitaciones, por no asistir nunca á los banquetes, cuya alegría y bullicio no le gustaban.

Zbishko se acercó á la princesa.

—Durante el almuerzo serás mi caballero y el de Danusia como si fueses adscrito á mi corte,—díjole Ana Danuta.—Así quizá consigas hacer notar tu presencia al rey, y el templario viendo que eres paje en la mesa real, quizá no formule su queja.

Zbishko besó la mano á la princesa y luego se volvió á Danusia; y aun cuando estaba más acostumbrado á manejar las armas que la lengua, sabía, sin embargo, cómo debe portarse un caballero con la dama de su corazón, al verla por la mañana. Dió un paso atrás, expresó su rostro un dulce asombro, y persignándose exclamó:

—¡Dios mío!

Danusia lo miró asombrada.

—¿Por qué te persignas? La misa ya ha acabado.

—Porque vuestra belleza ha aumentado de un modo maravilloso.

Nicolás Dlugoliass, que era un hombre chapado á la antigua y al que no agradaban las nuevas costumbres que los caballeros aprendieron en el extranjero, dijo:

—No perdáis tiempo en charlar de su belleza; todavía es una chiquilla...

Zbishko palideció y contestó con voz ronca:

—¡No digáis eso, viejo!

Y rojo de indignación añadió:

—Dad gracias á vuestra edad; porque si no, pronto os enseñaría cómo se muere.

—Poco á poco, muchacho; quizá yo te lo enseñaría á tí.

—¡Basta!—exclamó resueltamente la princesa, y después volviéndose á Zbishko:

—Piensa que te van á juzgar, muchacho, y no armes disputas; hubiera deseado para Danusia un caballero más sensato, y he de decirte que si continuamente buscas querrelas y suscitás desórdenes, no es este sitio donde te convenga permanecer.

Zbishko se ruborizó y pidiendo perdón á la princesa, pensó que Dlugoliass tenía un hijo con el cual podía desafiarse y vengar así las palabras ofensivas de su padre, pero que de momento le convenía permanecer tranquilo á no ser que se ofendiera su honor.

El son de una trompa anunció que el almuerzo estaba preparado.

La princesa tomó á Danusia por la mano y fué hacia el comedor donde esperaban su aparición los gentiles hombres, los caballeros y las damas.

La princesa Zemovitov, hermana del rey, estaba sentada á su derecha, á su izquierda el obispo de Cracovia, en frente Voitzzech Jastgembetz, modesto prelado que representaba al Sumo Pontífice. Un poco más allá, hundido en amplia poltrona, estaba el arzobispo Piastovo de Silesia, hijo de Bolek III, príncipe de Oesky.

Zbishko había ya oído hablar de él en la corte de Vitoldo y le reconoció por su larga cabellera. Era un hombre muy alegre y decidor; obtuvo el arzobispado contra la voluntad del rey, y entonces, fuése con los templarios que le dieron un curato en una aldea apartada; pero aquello no convenía al arzobispo, y pidió perdón al rey. Volvió á su patria esperando que se presentase pronto una vacante digna de él, é hizo cuanto pudo para conquistarse la gra-

cia del rey, pero en el fondo era muy amigo de los templarios, y bien lo demostraba en esta ocasión, pues con el caballero que ahora más hablaba era con el de Lichtenstein.

Zbishko, que estaba junto á la princesa, tenía muy cerca al templario y sentía una comezón en las manos, pero supo contenerse aunque lanzaba miradas furtivas á la nuca, al cuello y á los hombros de Lichtenstein.

Comparándolo con Povala y demás caballeros que estaban en la mesa, la comparación resultaba desfavorable para el templario.

Todos los caballeros despertaban la admiración y envidia del joven y más que todos el rey que de cuando en cuando demostraba su impaciencia porque tardaba el almuerzo.

Este se sirvió por fin. Sacaron una sopa de vino con huevos, canela, clavo y pimienta y tal cantidad había en ella de esas especies, que toda la sala se llenó de su olor.

El bufón Tziarusek, sentado en un banquito junto á la puerta, imitaba el canto del ruiseñor, cosa que agradaba mucho al rey.

Otro bufón daba vueltas á la mesa siguiendo á los criados que servían los platos, y poniéndose tras los comensales, imitaba con tal perfección el zumbido de las avispas, que más de uno dejó cuchillo y tenedor para sacudirse el importuno bicho, ademán que hacía prorrumpir en risas á los demás.

Zbishko servía con mucho celo á la princesa y á Danusia y cuando Lichtenstein se dió con las manos en la nuca que ya empezaba á ser calva, soltó la risa, y lo mismo hizo Jamunt, joven príncipe lithuano, que al reír se le caía la comida de la boca.

El templario advirtió la broma del bufón y sacando algo del bolsillo, se volvió hacia el arzobispo y le habló en alemán.

—El noble caballero te ofrece dos monedas,—dijo el

arzobispo al bufón,—con tal de que no zumbes cerca de él; acuérdate que las avispas se apartan con la mano y los tunos de tu laya con un palo.

El bufón tomó las monedas del templario y aprovechando la libertad que se concede á sus semejantes, dijo:

—Hay mucha miel en tierra de Dobgin, y por eso se han apoderado de ella los templarios; conquistala tú, rey Ladislao.

—Toma otra moneda porque has hablado con oportunidad, dijo el arzobispo, pero no nos fastidies más, si en Dobgin hay mucha miel, las abejas tienen agujijones.

—Selas puede echar con humo,—dijo Zindarm de Moskov.

—¿Con qué humo?

—Con el de la pólvora de los cañones.

—O con el hacha,—interrumpió el gigante Pascko Zlodzei de Biskupite.

El corazón de Zbishko palpitaba de alegría porque pensaba que implicaban estas palabras la proximidad de una guerra.

Volvióse para ver la cara de Lichtenstein y vió que éste se limitaba á mirar fijamente á Zindar y decían encogiéndose de hombros:

—Veremos.

—Nuestros padres lo vieron ya bajo los muros de Plovtz; nosotros, bajo los de Vilna, murmuró Zindarm.

—*Pax vobiscum!*—exclamó el arzobispo.—Si Nicolás de Turov me da su obispado de Kujavsk y el rey me da un buen sueldo, os prometo una gran plática sobre la fraternidad humana, un sermón que os conmoverá profundamente. Os diré que el odio no es otra cosa que un fuego infernal contra el que nada puede el agua; sólo puede extinguirlo el vino. ¡Coperol! ¡vino! El vino nos llevará á presencia de la diosa Ops, como decía el difunto obispo Zavisca de Kurov.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—Y de Ops al infierno, como decía el diablo, añadió el bufón.

—Que se te lleve.

—Sería una cosa muy vulgar; lo curioso sería ver como el diablo se os llevaba á vos, con hisopo y todo.

—Dadme vino y viva el amor entre los cristianos.

—Entre los verdaderos cristianos,—añadió con acento grave Lichtenstein.

—¿Qué?—preguntó levantando la cabeza el obispo de Cracovia. ¿No os halláis, acaso, en un estado cristiano? ¿Son acaso menos antiguas nuestras iglesias que las de Malborg?

—No lo sé,—contestó el templario.

El rey, que al oír hablar de religión escuchó muy atento, dijo:

—¿No soy, acaso, un rey cristiano?

El reino se llama cristiano, pero sus costumbres son paganas,—contestó fríamente el templario.

Al oír aquellas palabras los mejores caballeros de la corte palidieron de ira; Martzin de Vrotzimovitz, Schimanski, Sasvilicoski, Schetucki, Povala de Tacev, Zindam de Masekovitz y Zigmunt de Bebov exclamaron:

—¡Maldición!—Sois un huésped y no podemos desafiaros.

Zaviscia el Negro, célebre entre los célebres, el campeón de los caballeros, volvió su faz cejijunta hacia Lichtenstein y exclamó:

—Caballero, insultáis á un pueblo, sabiendo que en calidad de embajador, sois sagrado é inviolable!

El templario no se inmutó, contestando lentamente:

—Nuestra orden, antes de establecerse en Prusia, combatió en Palestina, donde los pueblos, aunque sarracenos, respetan á los embajadores; sólo en vuestro país no se respetan.

Creció la agitación; resonaban por todos lados gritos y blasfemias.

El rey se levantó de su asiento y siguiendo la costumbre lithuana batió palmas.

Entonces el anciano Jasko Topor de Tencin, supremo magistrado de Cracovia, dijo solemnemente:

—Noble caballero de Lichtenstein, si como embajador os han insultado, hablad, y la justicia cumplirá con su deber.

El templario contestó:

—En ninguna otra tierra cristiana me ha sucedido un hecho parecido. Ayer, en el camino de Tinetz, fui acometido por un caballero de los vuestros...

Al oír aquellas palabras, Zbishko palideció y miró al rey que se hallaba muy afligido.

Jasko de Tencin exclamó:

—¿Es posible?

—Preguntádselo al señor Povala; él lo vió.

Los ojos de todos se volvieron hacia el héroe que con la vista baja murmuró:

—¡Es verdad!

Los caballeros vociferaron:

—¡Infamia! ¡infamia! mejor sería que la tierra le hubiese tragado.

Y era tanta la vergüenza que algunos sentían, que se golpeaban el pecho lanzando imprecaciones.

—¿Por qué no le mataste?—dijo el rey.

—Porque su cabeza pertenece á la justicia,—contestó Povala.

—¿Le detuvisteis?—preguntó Jasko.

—No, es un hidalgo y me prometió presentarse al tribunal.

—Faltará que comparezca,—añadió el templario con ironía.

En aquel instante una voz triste sonó detrás de él.

—¡Guay del que prefiere el deshonor á la muerte! Yo soy el culpable, Zbishko de Bogdanetz.

Los caballeros se iban á lanzar contra él, pero el rey les

contuvo; los ojos le lanzaban rayos; la ira casi le ahogaba.

—¡Perezca en el cadalso,—gritó,—y que el templario envíe su cabeza á Malborg!

Después, volviéndose hacia un joven príncipe lituano que estaba cerca de él, y designando á Zbishko:

—Cógelo, Jamont,—dijo.

—El príncipe puso una mano sobre el hombro de Zbishko que murmuró:

—No huyo.

El juez de Cracovia indicó con un ademán que quería hablar y dijo.

—Rey clemente, deja que el komptur se persuada que no es su ira, sino nuestras leyes, las que condenan al que atenta contra la vida de un embajador. Mañana se hará justicia.

Estas palabras fueron pronunciadas en voz alta y resuelta.

—¡Jamont! enciérralo en la torre, y vos, caballero de Tacev, seréis testigo en el juicio.

Povala, mirando á Lichtenstein, habló:

—Quiero haceros presente, ¡oh! generosos caballeros, que el culpable es, no un hombre maduro, sino un muchacho.

—Es verdad,—exclamaron muchos mirando con severidad al templario.

Jamont, seguido de Zbishko, fué hacia el patio donde estaban los soldados del castillo y aun cuando sentía gran piedad por el prisionero, porque odiaba á los alemanes, á fuer de súbdito obediente, entregó al joven en manos de los soldados, no sin decirle antes:

—¿Sabes qué debes hacer? Ahorcarte. El rey está furioso y te hará cortar la cabeza. ¿Para qué darle este gusto? Ahórcate. Es costumbre nuestra.

Zbishko, cuando comprendió lo que le había dicho el príncipe, exclamó:

—¿Qué dices?

—Digo que te conviene ahorcarte, el proceso será corto y de fijo que te condenan.

—¡Ahórcate tú!—exclamó Zbisko.—Creo que el agua bautismal ha mojado tu piel, pero no ha tocado tu carne que es pagana. ¿No comprendes que es gran pecado para un cristiano quitarse la vida?

Jamont se encogió de hombros.

—De igual modo te cortarán la cabeza; así, pues...

Zbishko se estremeció y sintió ganas de desafiar al joven príncipe, pero la vista de la torre le recordó que no era libre.

En la sala, entretanto, la atención de los caballeros se fijaba en Danusia.

La pobre muchacha estaba tan asustada, que casi no respiraba, tenía el rostro pálido y con sus ojos llorosos miraba al rey sin moverse, como una estatuita de cera. Cuando oyó que Zbishko sería decapitado y vió que se lo llevaban, rompió á llorar de un modo tan desgarrador, que hasta el rey preguntó:

—¿Por qué lloras?

—Rey clemente,—contestó la princesa Ana,—esta niña es hija de Jurand de Spichov y ese desgraciado joven es su caballero. Le juró atravesar las plumas del casco de tres alemanes y al aparecer el templario, creyendo que se lo enviaba Dios, cargó contra él. Fué imprudente, pero no perverso. ¡Oh! Gran rey, sed misericordioso, te lo suplicamos.

Y tomando á Danusia por la mano se arrodilló ante el rey, que había tratado, retirándose, de evitarlo.

Danusia gritaba;

—¡Perdona á Zbishko, perdónalo!—y escondía su rubia cabecita entre los pliegues del manto real.

La princesa Ana Danuta miraba atentamente al rey que aparecía muy turbado y procuraba rechazar dulcemente á la niña.

—Déjame,—murmuraba Jagellon;—Zbishko ha cometido una falta gravísima; ha deshonrado el reino; debe morir.

Las manecitas de la niña estrecharon los pies del rey y repitió con voz suplicante:

—Perdona á Zbishko, perdónalo!

Los caballeros discurrían en alta voz.

Uno decía:

—Jurand de Spichov es el espantajo de los alemanes.

—Zbishko, es también valeroso, ha conquistado mucha gloria bajo los muros de Vilna.

El rey, á pesar de los ruegos de Danusia, no cambiaba de opinión.

—Zbishko ha ofendido al embajador, á él debéis dirigiros.

—Perdonad al mozo,—dijo Zavisca volviéndose á Lichtenstein.

—¡Perdonadle!—exclamó la princesa.

—¡Perdonadle!—repitieron los caballeros.

El templario contemplaba la escena con alegría cruel, pero la piedad venció por fin, y murmuró:

—Cristo Redentor perdonó á los judíos que le crucificaron en el Gólgota.

El obispo de Vish hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Cómo no perdonar yo, que soy cristiano y templario?

—¡Gloria á El!—gritó Povala.

—¡Glorial!

El templario añadió:

—Soy,—dijo,—embajador y representante de la Orden de Cristo; quien me ofende á mí, injuria á la Orden y ofende á Cristo mismo. Si nuestras leyes pueden perdonar un ultraje de tal índole, todos los reyes cristianos lo sabrán.

En la sala reinaba un gran silencio; sólo oíase sollozar

convulsivamente á Danusia, y la respiración precipitada de los caballeros que se estremecían de desdén; éstos, que poco antes hubieran querido matar á Zbishko, le compadecían ahora, y se consultaban acerca del modo de salvarle.

Las princesas decidieron dirigirse á la reina para que intercediera cerca de Lichtenstein para que enviara un mensaje al gran Maestre de la Orden, á fin de que obligara al alemán á perdonar.

Esto parecía lo más sencillo y lo más seguro. Edvigia gozaba de tal consideración que si el gran Maestre no hubiese accedido á su demanda, el papa y todos los soberanos del mundo desaprobaran su conducta.

Desgraciadamente el obispo de Cracovia, que era al propio tiempo el médico preferido de la reina, prohibió participar lo ocurrido á ésta por temor á la conmoción que le pudiera producir.

—Su salud es más preciosa para el estado que mil cabezas de caballero, decía Vish, y aquél que atentase contra ella, incurrirá en el desagrado de la Iglesia y del rey.

Las princesas palidecieron y decidieron no decir nada á la reina y suplicar al rey hasta que le hubiesen perdonado.

Povala de Tacev, anunció que tenía que declarar lo acontecido, y el magistrado Jasko advirtió á la corte que si el templario no perdonaba, la condena era segura.

Los caballeros estaban indignados contra Lichtenstein, y algunos decían que si de momento no se le podía desafiarse por su carácter de embajador, un día ú otro, cuando volviese á Malborg, pagaría cara su villanía.

Povala estaba más conmovido que los otros, porque tenía una hija de la edad de Danusia, y el llanto de ésta le había desgarrado el alma. Durante el día fué á encontrar á Zbishko, y le esplicó el gran interés que la princesa se había tomado por él, y la afición de Danusia.

Zbishko, al oír que la niña se había echado á los pies del rey, rompió en llanto y dijo:

—Dios la bendiga y me conceda el placer de batirme por ella á caballo ó á pié. Le prometí tres alemanes, pero debí prometer tantos cuantos años tiene; si Dios me arranca de esta prisión, sabré cumplir con mi deber.

Levantó sus ojos al cielo, entre lacrimosos y fulgurantes.

—Ante todo, debéis hacer algún exvoto,—dijo Povala y después, pedir perdón; porque cuando uno es culpable no hay deshonor en ello. He hablado ya á Lichtenstein, y también lo ha hecho Matzko; presentaos á él, y el asunto se resolverá favorablemente.

—Estoy dispuesto á pedir perdón, porque me lo aconsejáis, pero si el templario impone las condiciones que fijó en Tinetz, prefiero perder la cabeza. Mi tío sabrá vengarme, cuando aquél deje de ser embajador.

—Esperemos á ver lo que ha dicho á Matzko,—dijo Povala.

Matzko, había hablado en efecto con el alemán, pero estaba triste y pensativo.

Al cabo de poco de su entrevista con Lichtenstein, fué á ver al rey, y arrodillándose á sus piés le pidió que le oyese un momento.

Jagellone, que había recobrado su calma ordinaria, hizo levantar y le dijo que hablase.

—Ilustre soberano,—dijo Matzko,—perpetróse un delito y es bien que se castigue; tal es la ley que gobierna el mundo. Me arrepiento de no haber refrenado la impetuosidad de Zbishko, que criado en las armas no conoce las reglas de la corte; me reconozco culpable é imploro piedad porque ese joven es el último de su estirpe, y yo le amo.

—Me ha deshonrado á mí y á mi reino,—dijo Jagellone... ¿Qué puedo hacer?

Matzko calló, y luego recordando á Zbishko, prosiguió:

—Nunca hubiera creído amarle tanto. ¡Viejo! olvidado de todos, sin hijos ni allegados, ¿cómo vivir? Sed clemente. ¡Oh! rey...

Diciendo esto, juntaba las manos en ademán de desesperada súplica.

—Hemos combatido bajo los muros de Vilna, recogimos rico botín... ¿á quién lo dejaremos? El templario quiere una satisfacción... Pues bien, tome mi cabeza. Poco debe importarle una ú otra, ya que quiere una. Triste es morir así, pero mejor es que muera un hombre que una generación.

Matzko abrazaba las rodillas del rey sollozando.

—No puedo permitir,—dijo Jagellón que un caballero inocente pierda la vida...

—Además, añadió el juez de Cracovia, la misma ley quiere que se castigue al culpable, declararía infame al sobrino que consintiera en el sacrificio de su tío.

—Estoy seguro que no consentirá, pero sin decirle nada... Andando el tiempo sabrá vengarme.

—Rogad al templario,—aconsejó el juez.

—Ya le he hablado.

—¿Y qué ha dicho?

—Que debiéramos haberle pedido perdón en el camino de Tinetz, y no ahora.

—¿Por qué no lo hicisteis?

—Quería que desmontásemos y le rogáramos con la cabeza descubierta.

Iba el rey á contestar algo, cuando anunció un paje que Lichtenstein deseaba una audiencia.

Jagellón miró á Jasko y á Matzko y les ordenó que permaneciesen en la estancia.

El templario entró y dijo inclinándose:

—¡Ilustre soberano! os presento por escrito mis quejas acerca del caballero Zbishko.

—Entregado el documento al juez, dijo el rey indicando á Jasko.

No conozco vuestras leyes, pero creo que un embajador solo debe tratar con el rey.

Los ojillos de Jagellón lanzaron un relámpago de alti-

vez; pero, de todos modos, tomó la carta y la entregó á Teucín.

Jasko la leyó y al leerla, su rostro adquirió una expresión triste:

— Caballero Lichtenstein, — exclamó de pronto, — insistir en tal manera en la muerte del muchacho, casi parece que infunda miedo á la orden. ¿Temen, pues, los templarios hasta á los niños?

— A nadie tememos, — contestó con orgullo el komtur.

— ¡Ni aún al señor!

Al día siguiente, Povalá hizo cuanto pudo para disculpar á Zbishko, que compareció á juicio.

Vanos resultaron todos sus razonamientos, pues no podía negar que si no hubiese destrozado la lanza, el mozo hubiese destrozado al alemán. Zbishko defendíase diciendo que aunque su intención era matar al guerrero, le había gritado, sin embargo, que se pusiera en guardia, y que si el alemán hubiese declarado su calidad, no le atacara.

Un murmullo de aprobación siguió á las palabras del joven. El magistrado estaba pensativo. Dirigiéndose á Zbishko le preguntó:

— ¿Puedes jurar, en nombre de Dios, no haber visto el manto con la cruz.

— No, no puedo jurar, porque lo ví.

— ¿Cómo podía hallarse un templario cerca de Cracovia, no siendo embajador ó adscrito á la nunciatura?

Zbishko no supo qué contestar.

Muchos pensaron que era culpable y todos empezaron á desesperar de su salvación.

El supremo magistrado, sentenció:

— Pues obraste sin tener conciencia de lo que hacías, Dios te perdonará, pero la ley te castiga; encomiéndate á la Virgen.

Zbishko palideció y persignándose dijo:

— ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Después, se volvió á Matzko señalándole al alemán como si quisiera recordarle que tenía que cumplir su deber, y Matzko demostró haber comprendido.

También Lichtenstein comprendió por las fijas miradas del viejo que un día ú otro, quizás en el mismo Malborg, encontraría la lanza de aquel anciano.

El magistrado se retiró para dictar sentencia. Algunos caballeros rodeaban al alemán, murmurando:

— Ojalá sea Dios más misericordioso con vos el día del juicio final, porque sino...

Lichtenstein, antes que á los demás, miraba á Zaviscia; era un guerrero conocido en todo el mundo, así por sus heroicas acciones, como por la práctica y conocimiento de las leyes caballerescas. En los asuntos más intrincados se apelaba á su juicio, y nadie osaba contradecirle porque era considerado como el espejo de la justicia.

Una palabra suya de aprobación ó de censura se comentaba en Polonia, en Hungría y en Germania, una palabra suya bastaba para dar fama á un caballero.

Acercósele el alemán, y como queriendo escusar su crueldad, dijo:

— Sólo el gran Maestre podría ser indulgente en tal caso.

— El Maestre nada tiene que ver en ello. Yo, como embajador, debo exigir el castigo.

— ¡Lichtenstein!

— ¿Creéis que no conoce las leyes del honor?

— De fijo que no habéis leído los castigos caballerescos, y sabéis que al caballero se le ordena imitar á dos animales: al león y al cordero. En el caso presente, ¿obedecisteis tales preceptos?

— No sois el juez que me conviene.

— Sólo he contestado á vuestra pregunta.

— La respuesta no me agrada... se me anuda á la garganta.

— Cuidad no ahogaros.

—Dios me recompensará haber mirado por la grandeza de la orden.

—El nos juzgará á todos.

Cortóse el diálogo al aparecer el magistrado y su secretario.

Conocida era de antemano la sentencia; pero, sin embargo, reinó gran silencio en la sala.

El magistrado se colocó en el centro de la estancia, y tomando en la diestra un crucifijo, ordenó á Zbishko que se pusiera de rodillas. El secretario leyó la sentencia que estaba redactada en latín. Ni Zbishko ni los demás caballeros entendieron una palabra, pero no hacía falta, porque de sobra sabían que la sentencia era de muerte.

Cuando la lectura acabó, el reo se golpeó muchas veces el pecho con las manos, exclamando:

—¡Dios tenga compasión de este pecador!

Matzko le abrazó conmovido. Los ojos de los caballeros y de las damas se peñaron de lágrimas.

Durante aquella noche un heraldo, precedido de dos trompeteros, anunciaba á los ciudadanos de Cracovia que Zbishko de Bogdanetz, había sido condenado á ser decapitado.

Matzko obtuvo fácilmente que la ejecución se aplazase unos días, favor que solía concederse á fin de que los sentenciados pudieran hablar con sus parientes y reconciliarse con Dios.

Lichtenstein no insistió en dar prisa, pensaba que la dignidad de la orden quedaba á salvo y que no convenía importunar á su rey, de quien esperaba favorables tratados.

El obispo Vish contribuyó á que la sentencia se dilatare, porque pensaba que era difícil ocultarle á la reina, estando como estaba todavía en pié.

Así Zbishko, pudo atender á los propios intereses terrenos y despedirse de los parientes. Matzko, le iba á ver todos los días y le consolaba lo mejor que podía. Hablaban

ambos de la sentencia, doliéndose de que la estirpe se extinguiera.

—Casas, querido tío,—decía Zbishko.

—Preferiría que me saliese algún pariente lejano; ¿cómo pensar en mujeres en vísperas de tus últimos instantes? Y aunque quisiera casarme, no lo haría sin desafiar antes á Lichtenstein.

—¡Bendígaos Dios!—exclamó Zbishko.

—¿Cuándo lo haréis?

—Apenas deje de ser embajador. Sí, quiero luchar con él.

—¿En terreno llano?

—Donde quiera; á caballo ó á pié, con tal que uno muera. Cuando llegue la ocasión oportuna, iré á Malborg, llamaré á la puerta del castillo con el hierro de mi lanza, y haré pregonar á los cuatro vientos mi desafío.

—Ciertamente, y vos venceréis.

—Con Pasko, con Zavisca, con Povala no osaría medirme, pero con él, estoy seguro que venzo, ¿no era quizá más fuerte aquél frisio, á quien destrocé el cráneo con el hacha?

Zbishko lanzó un suspiro de satisfacción, murmurando:

—Así moriré contento.

Matzko, con voz agitada, le dijo:

—¿Por qué sientes tristeza? Hasta después de muerto serás honrado, y tus huesos no serán esparcidos por la tierra, sino que serán recogidos en una caja de abeto. Ni siquiera permitiré que se te corte la cabeza sobre el mismo paño que ha servido para los demás ajusticiados. He hablado con Amileo, que me dará un paño nuevo. No economizaré dinero para honrar tu memoria.

Zbishko estrechó la mano del anciano y exclamó:

—¡Gracias!

El joven estaba muy abatido y las palabras de su tío no dominaban su tristeza.

Algunas veces, cuando Matzko llegaba, él preguntaba con curiosidad:

—¿Qué sucede en la población?

—El tiempo es hermoso, el sol resplandece.

—¡Oh! si pudiera ensillar un caballo y escapar á campo traviesa... ¡cuán doloroso es morir tan joven!

Interesábase por los caballeros que conoció en la corte y preguntaba qué hacían y en qué diversiones se entretenían. Matzko le contestaba que aquellos guerreros, compartían sus ocios entregándose al canto, al baile y á los ejercicios corporales.

Zbishko olvidaba á lo mejor lo que iba á acontecerle y cuando supo de Zavisca, que después de bautizado iría en seguida á Hungría para combatir con los turcos, exclamó:

—¡Ah, quién pudiera ir con él! por lo menos podría morir combatiendo con los infieles.

Las dos princesas no olvidaron á Zbishko, que se interesaban por su juventud y su belleza, y por medio de uno de sus secretarios escribieron al gran Maestre de la orden, á fin de que intercediera con el rey para anular la sentencia del rey de Cracovia.

La princesa había sido siempre gran protectora de la orden, y así esperaba que tan pronto formulase su deseo, el jefe supremo de los templarios se apresuraría á acceder á él.

Esperaba salvar al joven caballero, pero para ello era preciso hallar una persona que en breve tiempo se comprometiera á llevar la carta y traer la contestación.

Matzko, á fuer de buen pariente, se encargó de ello y fué á ver á Zbishko para darle la grata nueva.

Zbishko, en cuanto tuvo conocimiento del paso que iba á dar Matzko, como esperaba mucho de él, quedó tranquilo y regocijado, y únicamente encargó á su tío que en Malborg no se humillara demasiado ni rogara con excesiva humildad al jefe de los Templarios. Pocas horas des-

pués fueron á ver al joven caballero las princesas Ana y Danusia. Zbishko cayó á sus pies, y aún cuando estaba rendido por la noche pasada en vela, no olvidó su deber y se mostró maravillado contemplando la belleza de Danusia.

La princesa, mirándole con tristeza, exclamó:

—No la admires, porque si Matzko no vuelve muy pronto con una contestación favorable, bien pronto podrás admirar otras cosas más dignas de atención en el cielo.

La princesa lloraba y Danusia también; Zbishko al verla, sufría muchísimo, porque su amor por la niña no era el de un hombre maduro, sino el de un muchacho locamente enamorado. El pensar que podía morir sin haber cumplido su voto, le producía indecible angustia.

—Danusia,—exclamó,—no puedo poner á tus pies los tres penachos alemanes, pero cuando comparezca ante Dios Padre le diré: «Perdona mis pecados, Señor, y si has de conceder alguna gracia á los hombres, concédela á la hija de Jurand de Spichov.»

—Poco tiempo hace que os conocéis,—interrumpió la princesa,—y espero que todo acabará favorablemente.

Zbishko, dirigiéndose á Danusia, la rogó repitiera aquella canción de la hostería de Tinetz, y la niña, aunque llorosa, empezó á cantar la primera estrofa:

«¡Ah! si Dios me diera alas
como tengo libertad,
hacia Jasko yo volara
como el águila caudal.»

De repente el llanto anudó su voz en la garganta y no pudo proseguir.

Zbishko la tomó por la mano, como hiciera en Tinetz, y paseando por la habitación, dijo:

—Si Dios me salvase y tu padre no se opusiera...

Danusia le ciñó los brazos al cuello, y reposando su linda cabeza en sus hombros, miró dulcemente á Zbishko que exclamaba:

—¡Serás mía! ¡Serás mía!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

V

Los habitantes de Cracovia se sintieron asombrados por un acontecimiento insólito. Durante la noche del 21 de junio, circuló la noticia de que la reina estaba enferma. Los médicos, avisados por el obispo Vish, permanecieron durante horas y horas en la cámara real, mientras las damas aseguraban que la reina abortaría.

El gran magistrado Jasko Topor, avisó al rey que estaba ausente, y el pueblo, informado de la desventura que amenazaba á la nación, llenó las iglesias, donde los sacerdotes hacían votos por la salud de la augusta señora. Después de la misa los caballeros, los nobles, los jefes de los comerciantes, se dirigieron al castillo.

La ciudad parecía despoblada; sólo de cuando en cuando pasaban algunos aldeanos conversando y se dirigían hacia el palacio real.

En el umbral del castillo apareció por fin el obispo seguido de caballeros, damas y trovadores; invitó á la multitud á contener su emoción, que conturbaba á la reina, y anunció que ésta había dado á luz una niña.

La noticia despertó el general contento, que creció al saber que á pesar de lo prematuro del parto, la reina y la recién nacida gozaban de perfecta salud; así es que la muchedumbre, deseosa de demostrar su propia alegría, cantando y bromeando se alejó de la morada real.

Cada cual comentaba á su modo el acontecimiento.

—¿Qué importa que sea una niña?—decía un tendero; —nuestra reina será solicitada por los soberanos más potentes que vengan á Cracovia y gastarán mucho dinero, sin contar con que podemos unirnos á un estado importante como Hungría ó Bohemia.

En la plaza del mercado se pusieron faroles de colores y durante toda la noche, especialmente cerca de la casa consistorial, resonaron cantos y gritos de alegría.

Lo que en cierto modo venía á entristecer aquellas escenas de regocijo, era el rumor de haber sido bautizada ya la niña con el nombre de Bonifacia; cuya prematura ceremonia hacía dudar de la salud de la augusta niña.

Al día siguiente las noticias fueron menos tranquilizadoras.

Los templos estuvieron llenos de gente que hacían ardientes plegarias demandando la salud de la enferma.

Los astrólogos interrogaban á las estrellas, las cuales, como es muy natural, daban contestaciones muy contradictorias.

Celebráronse procesiones á las que asistieron todos los niños de la ciudad.

Se sacaron en andas las reliquias de varios templos. El dedo gordo de San Juan Nepomuceno, la nariz de Santa Eufrasia y el húmero de San Bartolomé, se pasearon por las calles en sus áureas cajas, escoltadas por las plegarias y los rezos de la multitud que caía de hinojos al aparecer los despojos sacrosantos.

El 13 de julio, el lento doblar de las campanas anunció á la multitud estremecida la muerte de la hija de Edviga.

Las noticias que llegaban del castillo eran tristes y desconsoladoras; veíase á los caballeros con la faz cejijunta y á las damas con los ojos llorosos.

Decíase que un beato, un piisimo varón, daba la comunión á la reina cada día, la cual, después de la excelsa vi-